

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

DEBORAH

Novela

Historia de un amor
que se trunca y no
termina

Escrito el año 1980

Primera edición electrónica 2006

*
*
*

© Rolando Diez de Medina, 2006
La Paz - Bolivia

Esta historia ha sucedido aunque parezca increíble. Sus rasgos esenciales son verídicos, los protagonistas también. Los toques imaginados por el narrador en nada alteran la verdad del suceso.

1

¿Quién no conocía a Marcial de las Viñas? Jovial, inquieto, siempre dispuesto a tender la mano al amigo o al necesitado, locuaz por temperamento nunca escondía su pensar y esa franqueza le ganaba general estima.

Periodista en la mocedad conocía las técnicas y diabluras del oficio. Había entrevistado a personajes y escrutado en las grandezas y miserias del vivir. Tenía un retrato dedicado del dictador Franco. Corrió mundo y experiencias pero como el periodista y el intelectual, en Bolivia, no pueden vivir de su pluma únicamente, pronto se fué despojando de las galas literarias para dedicarse al turismo, fructuosa actividad si se tiene la tenacidad y la constancia para dedicarse exclusivamente a ella.

No era alto, de buena estampa, ni buen mozo. Hombre bajo, sencillo sin presumir de elegante, brillaba en cambio en la conversación: su energía espiritual lo rescataba del modesto físico. Su pequeño negocio de venta de pasajes aéreos y excursiones, fundado desde hacía doce años y gerentado por él mismo, con sólo dos empleados, se abrió campo merced a su dinámica actuación. Más de una vez se dió el lujo de birlar pasajeros a las grandes compañías rivales. Poseía un auto y una vagoneta y la oficina, situada en el Prado, paseo céntrico de la ciudad, aunque reducida, estaba siempre visitada por turistas y amigos.

1

Marcial era un hombre feliz. No tenía familia, soltero, ni rico ni pobre, mujeriego pero sin haberse enamorado jamás, encantaba a los amigos por su trato alegre y cordial. Refinado en el comer y en el beber nunca se sobrepasó: pudo vérselo eufórico, jamás embriagado. Le gustaban los libros y la buena mesa. Podía viajar a su antojo debido a sus vinculaciones turísticas. En el café de la avenida Camacho sobresalía como ameno narrador. Conocía la vida y milagros de muchos, a manera de una antena de información, y de política y políticos entendía a fondo sin tomar partido por nadie.

Libre, independiente, sujeto sólo a su esfuerzo y su propia decisión, de las Viñas pasaba por un afortunado solterío y una mediana posición económica que lo dejaban dueño exclusivo de su destino. No era jactancioso ni se pavoneaba por reales o presuntas conquistas, pero lo cierto resultaba que poseía un determinado carisma con las damas que comenzaban admirando inicialmente a sus amigos, más apolíneos, pero terminaban fascinadas por el sutil encanto de Marcial que sabía interesarlas con su charla sin caer en atrevimientos ni en excesos que suelen dejar malparados a los presumidos. Pero Marcial no lo era; cuando veía que un amigo se inclinaba ardoroso a una mujer, cortésmente o le cedía el paso. Esa virtud de generosidad, rara entre machos, le valía especial afecto de los suyos. Y es que Marcial, insistíamos, nunca se enamoraba de modo que las mujeres eran, para él, una necesidad fisiológica, una compañía agradable y nada más.

El día que cumplió cuarenta años, Marcial de las Viñas sentíase más contento que de costumbre: por la noche le darían una cena sus amigos y pasaría momentos de íntimo regocijo, pues a los postres lo invitarían a desenvolver uno de esos discursos improvisados (claro que él se los aprendía previamente de memoria) llenos de ingenio y de humor que hacían la delicia de los amigos.

Miró el reloj: faltaba una hora para la cena en el club de La Paz y se propuso dar unas vueltas al Prado en el largo paseo coronado por dos fuentes luminosas. Rememoraría su vida, haría el balance presente, imaginaría el futuro. Verdaderamente tenía mucho que agradecer a los dioses y el evocar los bienes recibidos constituía una forma de su reconocimiento a ellos. Comenzó a caminar por las anchas veredas de mosaico. La ciudad rica de luces y de ruidos bullía vocinglera. Marcial, sumido en sus meditaciones, prescindía del tumulto urbano. De pronto tropezó con Leopoldo, uno de sus íntimos.

— Nos veremos en tu cena — dijo Leopoldo.

— Hombre, ven, demos unas vueltas y luego nos vamos al club.

— Imposible. Debo ir a casa; los chicos no se duermen si no les narro un cuento y les doy un beso. Además Mariana me aguarda. Estaré puntual dentro de una hora.

Y se marchó a paso acelerado.

Marcial sintió una punzada de celos; y a él ¿quien lo esperaba? Nadie... Pero pasó rápido, era mejor ser libre, hacer lo que a uno se le antoja, moverse sin premuras.

Completó varias vueltas al paseo ceñido por el hilo de sus recuerdos. Había sido un hombre de suerte, sin subir muy alto pero sin quedarse en el montón. Su pequeño negocio y su afición a la buena vida le bastaban. Luego el cariño de los amigos que buscaban frecuentemente su compañía. Y las mujeres que esmaltan el vivir, a condición de no dejarse echar el lazo al cuello. Soñaba con asociarse con un primo rico y ampliar la oficina de turismo, cosa evidentemente ventajosa para de las Viñas porque el primo Bernardo le tenía confianza y no se entrometería en el manejo de la oficina. Era cuestión de animarlo, dos, tres incitativas más y una vez organizado el negocio en amplitud tendría un subgerente y podría realizar el viaje a Grecia, a esas bienaventuradas islas del mar Egeo.

A las nueve se dirigió al club de La Paz donde se celebraría la cena en su honor.

Les tenían reservada una mesa en salón privado. Los catorce amigos lo acogieron con cerrado El aplauso. Marcial sintió la alegría de hallarse rodeado por caras afectuosas, recibiendo los abrazos de rigor.

Juanito Lucero deslizó la frase ceremonial:

— Que este año te cases, burlador de bellas. Todos estamos uncidos al yugo y tú no puedes escapar.

La cena transcurrió como todos los años llena de chispa y de color. Circularon los habituales comentarios políticos, los cuentos de tinte colorado, y más de uno se atrevió a narrar experiencias propias. Se conocían de muchos años atrás, formaban una "cuenta" sólida unida por la afinidad de gustos y la lealtad del comportamiento.

El momento de los brindis, Norberto Torelli, el mayor de la comunidad alzó la copa de champán:

— Por nuestro campeón.

Marcial, confuso, porque no era vanidoso ni le gustaba sobresalir sobre los amigos, balbuceó:

Campeón... ¿por qué?

— Claro — añadía Sebastián Torrelba — ninguno de nosotros resistió el solterío hasta los treinta y tú traspasas la raya de los cuarenta.

Se produjeron otros brindis afectuosos unos, humorísticos otros y tocó el turno de ofrecer la cena al periodista Jaime Sanfuentes, el que después de ensartar las frases de rigor concluía con estas palabras:

— Querido Marcial. Los amigos que rodeamos esta mesa renovamos, cada año, los votos por tu éxito y tu felicidad. Bien los mereces. Pero en esta fecha simbólica de los cuarenta — más de la mitad de la vida — deseamos, sinceramente, que encuentres la compañera digna de tu amor. Los años vencen, después vendrá la declinación y no queremos que sigas solo, sin nadie que te cuide ni a quien comunicar tus inquietudes. Recuerda el pensamiento de Kierkegaard: "el hombre se realiza en la mujer." Advierte que todos nosotros, tus amigos, somos casados y felices, tenemos hijos, contamos con un hogar que nos acoge contra todas las vicisitudes del vivir. Es lo que deseamos para ti, que no sigas solo, que encuentres una compañera digna y afectuosa.

Entre las efusiones de la fiesta no hubo tiempo para reflexionar, pero cuando se retiró a su casa, Marcial pensó que efectivamente sería bueno tener una esposa que lo acogiera con cariño, una confidente, un ser en quien apoyarse. Sería lindo... Pero son tonteras — se dijo al fin — mejor es vivir solo y libre. Y una vez más la idea del matrimonio fué desechada.

Cerró la oficina y comenzó el paseo vespertino. Antes de la cena Marcial iniciaba su habitual caminata — hay que mover el cuerpo — que terminaba con tres vueltas al Prado. Le encantaba sumirse en el vértigo callejero, observar rostros ansiosos o tranquilos, moverse dentro de las olas del tráfico, sentirse uno en la multitud, vagar acosado por las luces y los ruidos de la urbe, absorber — o ser absorbido — por la inmensa masa en movimiento de vehículos, personas, cosas, incidentes, sin que nadie lo molestara y pudiendo él participar en el transcurrir colectivo donde siempre hay mucho que ver y aprender.

Cuando la intensidad del tráfico no le permitió cruzar la esquina Colón-Camacho, se puso a reflexionar: "no soy tan libre; todos los días, menos los festivos, la caminata vespéral y luego las tres vueltas rituales al Prado. ¿Quién me las impone? Nadie, pero estoy sometido a ellas hace tantos años que no puedo abandonarlas." Sintió una nostalgia viajera, pasar unos días bajo otro cielo, con otras gentes, otras costumbres. Ampliaría la oficina, alegaría una supuesta enfermedad y pediría al primo Bernardo que lo sustituyera por un par de meses. Vacaciones en el mar Egeo... ¡Qué maravilla!

Distraído en sus divagaciones, no se fijó que nuevamente la luz roja reemplazaba a la luz verde: había que esperar. A su lado apareció una mujer joven, alta, bien vestida. No era una belleza pero tenía ojos verdes y un cuerpo admirablemente modelado. Ella miraba al sesgo, disimuladamente; ella ni siquiera reparó en su presencia.

Cruzaron la calle y al caminar la mujer se transfiguró en otro ser. El andar rítmico, el cuerpo erguido, la gracia de sus movimientos delataban la persona ágil, flexible de la juventud. Se volteaban cabezas al verla pasar y Marcial hasta recogió los habituales piropos que se dirigen a las bellas. Viéndola caminar el hombre advirtió que poseía un señorío del movimiento poco usual: caminaba como si fuese la reina de la urbe.

Ambos entraron al Prado. Ella algo adelantada, Marcial detrás. Cautivado por el armonioso andar, sintió la necesidad de verla mejor, la adelantó varias veces y varias veces se rezagó adquiriendo la visión redondeada de una joven muy atractiva, no linda ciertamente ¿pero no es mejor una cara interesante, plena de vida, que un rostro hermoso y frío? La muchacha atraía doblemente por su gallardía física y la intensa movilidad de los ojos verdes. Claro que se dió cuenta de la mal disimulada persecución masculina, mas no dio señas de sentirse molesta.

Dió una vuelta al Prado, luego se paró en la fuente luminosa frente al Cine Monje Campero consultando el reloj: seguramente, esperaba a alguien. Marcial, algo distante, pudo observarla mejor. Era una mujer soberbia. Veíasela impaciente, pues miró varias veces el reloj. Los ojos verdes reflejaban su enojo, se mordía los labios, con bruscos movimientos se cruzaba de brazos, se llevaba la diestra a la nuca, volteaba la cabeza en una y otra dirección. Era evidente que aguardaba a otra persona. Después de diez minutos de espera, miró por última vez el reloj y alzándose de hombros comenzó a descender el paseo en dirección a la avenida Villazón. Parecía olvidada de la inútil espera y caminaba con andar seguro, tranquilo. Marcial admiró la rápida transición de la espera nerviosa al perfecto dominio con que se alejaba del Prado.

La muchacha se perdió rumbo hacia abajo y Marcial reanudó su caminata por el Prado. No tardó en olvidarla.

4

Vísperas de su viaje a Grecia, una tarde, al entrar al café La Paz, volvió a verla, ya más próxima, pues ocupaba una mesa contigua acompañada por dos hombres jóvenes también como ella. Vestía con elegancia y discreción. Le llegó el sutil perfume francés. Los hombres hablaban sin cesar; ella escuchaba con el rostro severo. Cuando le tocó el turno de hacerlo lo hizo en tono cortante, sin mirarlos. Parecía fastidiada. Ellos la contemplaban con adoración. Mientras le servían el "cortadito", Marcial pudo observarla bien porque sus acompañantes le daban la espalda y ella fijaba la mirada en un punto lejano. Ahora la cara le pareció más atrayente que la primera vez, no deslumbraba ciertamente, más a poco de verla sus rasgos adquirían nueva consistencia, los ojos verdes fungían inquietos, y de toda su persona emanaba un aire de orgullo y de misterio.

Marcial no pudo recoger el coloquio de las tres personas. Sólo un momento que levantaron las voces oyó que uno de los hombres decía:

— Pon tus condiciones; haremos lo que tú digas.

El otro joven añadía solemne:

— Tu mandas nosotros obedeceremos.

Entonces ella, desdeñosa, se levantó y les lanzó estas palabras como despedida:

— Yo no soy juguete de nadie.

Los muchachos quedaron sentados mirándose con expresión desolada.

Marcial sintió el impulso de levantarse y seguir a la desconocida; ¿no habría sido pueril y sobre todo inútil dado su enojo? Terminó de beber su café y luego desplegó "EL DIARIO" que no terminara de leer en la mañana. Letras y renglones desfilaban borrosamente ante sus ojos porque una cara de rasgos firmes e incitantes, una nueva cara que brotaba detrás de la cara avizorada la primera vez, parecía cubrir toda la extensión del periódico y se movía en giros ondulantes impidiéndole concentrarse en la lectura.

El viaje a Grecia resultó excelente. No era temporada turística y Marcial pudo disfrutar de unas vacaciones plácidas; no siendo un humanista ni persona de vasta cultura, evitó seguir el camino de las guías, vió lo que quiso ver, se solazó más en las islas — Samos, Hydra, Creta, Rodas, Mikonos — que en Atenas y regresó desintoxicado de preocupaciones y deberes.

Al reasumir la gerencia de su oficina, Marcial estaba lleno de entusiasmo, optimista y confiado. Los negocios prosperaban debido a una época de paz, de orden, de trabajo intensivo cosa rara en Bolivia pero que de tiempo en tiempo se da. Fué durante el gobierno de Banzer que unos calificaban de dictadura y otros de nacionalismo. Lo cierto es que existía un equilibrio social y que los negocios acrecían al amparo de las garantías vigentes.

Rompiendo su norma de no meterse en negocios ajenos a la agencia turística, de las viñas se dejó tentar por una proposición de Norberto, el político, y secundado por Sebastián, comerciante, obtuvieron del común amigo Conrado, banquero, los fondos para una importación de camiones que debía rendir fuertes ganancias.

El asunto no resultó tan sencillo. Se produjeron incidentes en la aduana, la prensa comentó que se trataba de una especulación, los transportistas protestaron. Hubo que contentar a todos y para ello — distribuir la riqueza es el arte de la sana economía — se tuvo que reducir considerablemente las ganancias. Ocho meses de fatigas para cosechar un modesto once por ciento de utilidad. Marcial fué el que más protestó:

— Veinticinco por ciento es el mínimo que yo gano en el turismo.

— Hay que saber perder — adujo Sebastián.

Y Norberto, conciliador:

— Once por ciento no es mucho, pero no nos quejemos; otros efectúan importaciones, se equivocan y pierden tiempo y dinero.

Conrado que les concediera el préstamo del Banco sin conocimiento de su Directorio, se comprometió a no otorgar más créditos de favor a los amigos. Habían corrido un riesgo y el asunto pudo fracasar.

Se dirigían, todos, a una quinta para el almuerzo sabatino. Llegados a ella iniciaron la reunión con sendos vasos de cerveza. Los cuatro amigos contentos, achispados, comentaban las últimas incidencias de la política y de los negocios sin que faltaran los chismecillos personales ni las anécdotas de rigor. El chanchito les cayó muy bien, estaba delicioso. A la hora de los postres Marcial tenía subyugados a los otros con un relato sobre fantasmas contado tan vívidamente que parecía realidad, aunque bien sabían todos que el narrador era un inventor de sucesos jamás ocurridos. En medio relato cuatro individuos ocupaban una mesa próxima.

De pronto se dejó oír una voz fuerte que apagó la voz de Marcial: uno de los cuatro individuos dijo golpeando la mesa con el puño:

— Unos malditos especuladores al importar muchos camiones, han hecho subir el precio de los repuestos, y ahora los transportistas vamos a tener que pagar más.

Los amigos se miraron, avergonzados.

Los otros siguieron la conversación en tono más moderado. Probablemente ignoraban quienes serán los vecinos. En ambas mesas la cerveza corría generosamente. De pronto se dejó escuchar el vozarrón:

— Si yo lo encontrara al autor de la entrada de los camiones, le rompería la cara...

Marcial hizo un gesto a sus amigos para que se calmaran. Estaban ya en el café y nada más prudente que callar y hacer de cuenta que nada tenían que ver con el incidente. Desgraciadamente Norberto, más que achispado y recio atleta, que jamás rehuía una pelea, se levantó desafiante:

— Pegue si es hombre; yo soy el autor.

El chofer se levantó: un hombre alto fornido, con semblante adusto. Cambiaron algunos golpes sin inferirse mayor daño. Ambos bebidos, tenían conocimientos boxísticos, pues esquivaban bien los puñetazos. Entonces otro de los chóferes se precipitó sobre Marcial al grito de:

— Estos son sus socios, hay que darles su merecido.

Sebastián y Conrado, a su vez, se vieron agredidos por los dos restantes. La pelea se generalizó sin que el dueño de la quinta ni sus mozos pudieran evitarla. Los dos primeros contrincantes que empezaron con cierta habilidad académica, pronto entraron a la lucha a la sudamericana como los dos restantes: trompadas, puntapiés, sillas y platos por armas, sin que faltaran algunos mordiscos.

Llegó la policía y con gran trabajo pudo separar a los luchadores que excitados por copiosa libación andaban enardecidos. Todos salieron contusos y el más averiado Marcial a quien le tocó lidiar con un chofer durísimo que no parecía sentir los golpes y en cambio propinaba los suyos contundentes.

¿Por qué había entrado en la pelea, él de natural pacífico que jamás recurriera a los puños? La lealtad a los amigos: no podía desertar al verlos agredidos; además, él también recibió el primer puñetazo del adversario. En realidad — dijose de las Viñas — la cosa fué inevitable y la mala suerte increíble: que los cuatro desalmados vinieran a ubicarse junto a ellos...

Escarmentado quedó Marcial prometiéndose no volver a las famosas quintas de recreo donde nunca faltan las trifulcas. Anduvo molesto con Norberto y después notificó a los amigos: si pasaban de dos copas, no contarían con él.

El incidente fué olvidado, sanaron los contusos y todo retornó a la normalidad.

Alguna vez, recordando la singular pelea, Marcial quedaba confuso y avergonzado. "Pero si no parecíamos seres civilizados. Los Chóferes eran cuatro desalmados, expertos en provocar y en propinar golpes; evocaba mejor las figuras de sus tres amigos: Norberto hecho una fiera, mostrando los dientes como un dogo encarnizado; Conrado rojo de ira mugiendo al dar y recibir puñadas; y Sebastián, el pulcro y distinguido Sebastián vociferando como un carretero. Quien fué el del mordisco ¿uno de los chóferes o uno de sus amigos? Recordaba que en ese preciso instante recibió un golpe que lo dejó sordo y aturdido, por lo cual, no pudo definir el caso. Vió solo una boca abierta de fuertes incisivos que se clavaba en el cuello de uno de los luchadores haciéndolo gritar.

Y él mismo, Marcial, perdido todo control rompió una silla en los lomos del chofer que lo agrediera. Si hubiese tenido un arma contundente a mano, habría sido capaz de victimarlo. No, no, no lo habría hecho... Pero ese instante, excitado por el fragor de la pelea y enfurecido por la agresión, quien sabe, si, quien sabe... habría podido matar o ser victimado. ¡Con mil diablos! No volvería a intervenir en esas reyertas de ebrios ni a beber en exceso por supuesto.

En el fútbol, que gustaba tanto a los cuatro amigos — dos del "Bolívar", dos del "Strongest", — todos cuatro moderaron sus ímpetus de ardientes partidarios, el clásico "hincha" sudamericano tan apasionado como peligroso.

Repetimos: la vida volvió a su cauce normal. El único que acarreaba problemas fué Norberto, siempre mezclado en intrigas y lances de la política. Líder medio de una poderosa agrupación ciudadana, requería de consejos que nunca le escatimaron sus amigos.

— Abandona esa ocupación peligrosa donde se corre peligro de cárcel, destierro o confinamiento — decía Marcial.

— Será peligrosa, pero es remunerativa — replicaba Norberto. He sido concejal y diputado; no coronaría mi carrera pública si no llego a ministro.

— ¿Y qué harás de ministro, fortuna o jefe de tu partido?

— Ambas cosas. Conozco las flaquezas del jefe, podré desplazarlo. Y fortuna ¿por qué no? Todos o casi todos los que llegan a ser ministros labran su riqueza personal.

Pero Norberto era un amigo leal, servicial, simpático. No se le podía abandonar.

Marcial volvió a disfrutar la regalada medianía de su oficina de turismo.

5

Una tarde al tratar de tomar el "micro", de las Viñas se vió empujado por varias personas: gritos, protestas, empujones. Subieron cuatro y varias más quedaron en la acera. Vió caer al suelo a una mujer. La falda en revoleo dejó entrever una rodilla hermosamente redondeada y la mitad del muslo rotundo, escultural. Se aproximó a levantarla. La muchacha rechazó la ayuda:

— Puedo hacerlo sola — dijo desdeñosa.

Pero no fué así. Sangraba ligeramente la siniestra y no pudo caminar: debía tener lastimada la pierna o el tobillo.

Marcial se sintió audaz:

— No haga remilgos — ordenó. La conduciré a la botica del frente y allí la curarán.

La muchacha obedeció apoyándose en el brazo de Marcial. En el rostro contraído por el dolor reconoció con sorpresa a la joven de los dos encuentros anteriores. Y le pareció más atractiva.

— Las gentes se han vuelto muy torpes, muy ansiosas — profirió Marcial.

Ella ensayó una sonrisa:

— Son brutales.

La llevó a la botica que por suerte quedaba a pocos pasos y la confió a la señora que atendía el negocio, una conocida suya.

— Señorita — dijo a la desconocida. La dejó en buenas manos: la señora Julia la curará debidamente.

Y haciendo una venia se retiró advirtiendo la sorpresa en la cara de la joven. Al alejarse se reprochaba: ¿por qué había procedido así? ¿Por caballerosidad? No, por astucia instintiva. La joven era ciertamente desconfiada, esquivada; si él hubiese insistido en acompañarla habría provocado su desconfianza. Había sido mejor demostrarle desprendimiento, así ganaría su gratitud. Y luego estaba la señora Julia que podría proporcionarle el nombre y la dirección de la muchacha.

Tres días después volvió a la botica donde la señora Julia lo decepcionó: la muchacha no había dado su nombre ni su dirección. "Es valiente" — había agregado la boticaria — cuando le lavé la herida y le apliqué el mercurocromo ni siquiera pestañeó."

Maldita suerte — pensó Marcial. Su táctica había fallado y nuevamente la desconocida se esfumaba de su vida.

La excursión a Copacabana y a la isla del Sol realizada por enésima vez, resultó como siempre un éxito. Marcial acompañaba a los turistas, satisfacía sus exigencias, y aunque no disponía de los hidroscafos de las compañías grandes, alquilaba lanchones de los barqueros del Titikaka cuyo menor costo placía a los viajeros.

El lanchón no podía llevar más de veinticinco personas en su compartimento interior, cómodamente sentadas. En los flancos tenía estrechos rebordes donde los más audaces podían deleitarse en el grandioso espectáculo lacustre. Ese día sólo Marcial salió a uno de los rebordes laterales y cogido del maderamen, aunque la postura no era muy cómoda, de pie, se sintió solo entre mar y cielo, custodiado en el confín por la tierra y las islas.

Avanzaba la embarcación a ritmo lento, oyéndose apenas su débil motor, surcando suavemente las aguas. La proa, vacía, sostenía el rumbo y atrás quedaban el timonel y su ayudante, de modo que en cierta forma pronto tuvo la sensación de hallarse como suspendido en el estrecho reborde de madera. Una extraña sensación de levedad lo acometió. El cielo, azul, lo contorneaba todo. El lago verdoso extendía majestuoso hasta el horizonte. Apenas si se oía el batir del oleaje. Pronto perdió la conciencia de su ser y de su hacer: era sólo un menudísimo fragmento de la inmensidad. De cuando en cuando las riberas lejanas lo devolvían a la realidad, pero cuando ellas se alejaban hasta casi esfumarse en la lejanía, tornaba a sentirse aislado, perdido en la ácuea inmensidad. No se escuchaba otro ruido que el musical golpeteo de las olas contra el barco. Y éste avanzaba, avanzaba en un mágico movimiento hacia lo ignoto, porque aunque Marcial sabía, perfectamente, que iban a la Isla del Sol, perdía con frecuencia la noción del viaje y entonces sólo quedaba la ínfima criatura humana, entre cielo y mar, como si fuese un remoto navegante de los tiempos primitivos rumbo a lo desconocido. Sí, era eso un argonauta o un antiquísimo remero del Titikaka, acaso alguno de esos atlantes que al sumergirse el imperio en el océano llegó hasta el Lago Legendario. Un hombre de cien mil años o una pequeña criatura que ansiaba remontarse a los espacios siderales. Un poco al sesgo, cogido fuertemente del maderamen, sobresaliendo un tanto el cuerpo del lanchón, sentíase alternativamente hombre, pez, pájaro; parecía que podría alzar vuelo si quería para perderse en el infinito cielo, o sumergirse velozmente en el mundo submarino, o simplemente convertir su, cuerpo terrestre en una centella alada que lo transportaría a una dimensión arcana. Es tan solemne tan sugestivo bogar en el Titikaka así morosamente, como desprendido del transcurrir humano, que el navegante se siente un ser mitológico y futuro a un tiempo; así Marcial se despojaba de sucesivas cáscaras vivientes y entre agua y cielo parecía revestirse de una inmortal corporeidad que lo situaba allende otros mares, otros cielos, otras trémulas riberas de encantamiento que nadie pisara jamás... Luego todas las imágenes y las ideas difusas de proteicos acontecimientos dieron paso a la serena realidad de un navegar tranquilo, heroico, remansado hacia una lejanía misteriosa... Sintió primero pavor, luego una paz serenísima y hombre, mar, cielo, riberas fueron sobrecogidos por una presencia gigantesca sin presencia que lo animaba todo. Y en ese instante Marcial comprendió que era tocado por la grandiosa majestad de Dios, Nuestro Señor, el que reina invisible en todo lo que es y en todo lo que no es.

Permaneció así, extasiado, consumido de asombro, ante los ojos nada más que cielo y mar, un cielo que se abría a inmensidades infinitas, el mar que se profundizaba en abismales honduras, la pequeña embarcación navegando pausadamente, y esa presencia misteriosa que lo cercaba en un tiempo sin tiempos, más allá de todo pensar, más allá de todo sentir.

Serian pocos minutos, muchísimos segundos ¿quien lo sabe? Marcial presintió haber vivido en pocos instantes milenios... Y cuando se reintegró a la comitiva de turistas seguía aun confuso, tambaleante, como debió sentirse el hombre de Tarsos cuando lo tocó la mano del Señor.

No quiso comunicar a nadie el pasaje místico del viaje a la Isla del Sol porque tales cosas no son para contadas: sólo pueden vivirse y además, él, nada poeta ni soñador, carecía del dominio del lenguaje para manifestar en forma bella sus sentimientos. "Ha sido un delirio, una ofuscación" — se dijo el hombre poco afecto a milagrerías. Y el éxtasis lacustre se hundió en su espíritu en un alejamiento sin retorno.

6

El día era perfecto, un hermoso día invernal, de sol radiante. Marcial caminaba con paso ágil y rápido como buen atleta, contento después de haber vencido a su primo Bernardo en la partida de tenis matinal. Cruzaba la plaza Abaroa, semivacía a esa hora, cuando lo sorprendió el espectáculo de una mujer tironeada por dos hombres jóvenes, en forma bastante brusca que delataba no tratarse de un juego. "¡Basta ya — gritó la mujer — no iré con ninguno de ustedes!" Pero ellos no le hicieron caso y siguieron forcejeando hasta hacerla caer al suelo.

Marcial no pudo contener su indignación. Se aproximó al grupo, de un empujón echó a un lado a uno de los agresores y luego de un certero golpe de puño derribó al otro.

— No los pegue — dijo la mujer — son mis primos.

Los dos rufianes asustados por la fortaleza de Marcial se alejaban ya profiriendo palabras de amenaza.

— Está usted lastimada — dijo el hombre reparando en el vestido desgarrado y en la media rota de la que manaba un hilo de sangre. Cogió su pañuelo y le vendó rápidamente la pierna herida. Ella intento caminar pero no pudo; la caída debió ser muy violenta y la pierna herida se resistía a seguir avanzando. Se apoyó en el brazo del joven balbuceando:

— Gracias.

Marcial comprendió que no sólo sufría por el golpe. Estaba desconcertada o avergonzada. Se limitó a repetir:

— "Son mis primos" — como si dudara de ser creída. Y en los bellos ojos compungidos Marcial adivinó que mentía.

— No son malos, pero si muy torpes — agregó la joven. Siempre les digo que no me gustan esos juegos de manos... pero ellos... ellos no lo entienden... ¿Por qué los pegó? Yo estaba a punto de convencerlos que me dejaran en paz...

Marcial repuso no sin aspereza:

— A juzgar por lo que ví, no parecían dispuestos a cejar, la habrían lastimado más. Daban la sensación de dos desesperados que se disputaban a una mujer.

La joven se ruborizó:

— No — exclamó — no peleaban por mí, sólo que, sólo que...

Marcial no quiso aumentar su embarazo: la cogió del brazo diciendo:

— Venga, está muy pálida, necesita reponerse. Le invitó un café.

En la cafetería el hombre no pudo contener su sorpresa:

— Pero qué tonto soy, si usted es la muchacha a la que vengo siguiendo hace tiempo. ¿Lo había notado usted?

— Si, lo había notado, pero es mejor que no se acerque a mí, es mejor...

El hombre insistió:

— ¿Es usted casada, está de novia?

— ¡No, no! — contestó la muchacha — no lo soy, pero existen otras razones...

— ¿Los dos que la asaltaron?

La mujer que ya estaba repuesta con el café caliente y el descanso contestó esta vez serenamente:

— Oh, no, no; mis primos nada pueden impedirme.

Marcial insistió porfiado:

— El destino nos ha juntado ya dos veces; ¿por qué no podríamos ser amigos?

La joven se turbó:

— Amigos, sí, pero no me busque, no se acerque mucho a mí; será mejor para usted.

Intrigado por el misterio de sus evasivas, el joven sintió que acrecía su interés por la desconocida. ¿Era solamente interés pasajero? No, era amor, amor acrecentado por las búsquedas anteriores, por sus enigmáticas respuestas y sencillamente, como siempre ocurre, porque ésta joven y no otra capturaba toda su emoción varonil. No quiso franquearse por temor a ser rechazado y prefirió seguir la conversación hablando de temas banales.

De pronto la joven se levantó alegando que debía concurrir a su oficina. Marcial le preguntó su nombre y le pidió su teléfono.

— Me llamo Deborah — dijo. En casa no tenemos teléfono, en la oficina si: es el 227544, pero no me llame con frecuencia porque a mi jefe nó le agrada que las empleadas recibamos llamadas particulares.

— Seré discreto — aseguró el hombre.

— Nuevamente, gracias — dijo la joven y recién cuando ella se había perdido en la muchedumbre Marcial se dió cuenta de no haberle preguntado dónde vivía ni dónde trabajaba. Pero ya sabía quien era, tenía su teléfono y no corría riesgo de perderla. La encontró encantadoramente femenina y supo que no renunciaría jamás a la hermosa Deborah. Nunca, nunca.

Guardo su secreto y no quiso confiar a Conrado ni a Sebastián, con quienes almorzó la novedad del encuentro. Sebastián recordó el viaje proyectado a Buenos Aires para ajustar un negocio de importación de papel; los dos amigos quedaron sorprendidos cuando Marcial explicó que no podía acompañarlos.

— Pero si tú eres el que más entiende del negocio, el más persuasivo...

— Imposible — replicó el joven — tengo muchos problemas. Entro en el negocio con ustedes por supuesto, confío que podrán batirse solos. Los amigos se fueron a Buenos Aires y Marcial permaneció en La Paz.

Norberto insistía locuaz:

— Tú deberías entrar en política... Llegarías a concejal, diputado, ministro Si no se requieren grandes condiciones: te pegas al Jefe y todo saldrá por si solo... ¡Claro que hay que ser disciplinado! Aprenderás a obedecer primero y luego te tocará el turno de poder mandar... Es fácil... Además, en mi partido, se necesitan especialistas, tú lo eres en turismo; y bueno: sería tu oportunidad... No te vas a pasar la vida en tu boliche; lo que te hace falta es la gran financiación, y esa sólo puede dártela la política.

Marcial se resistía:

— Pero es que no tengo ambición, me basta con lo que soy y con lo que tengo.

El primo Bernardo apoyaba al amigo político:

— Ya son varios años que manejas la oficina de viajes: ¿qué sacaste? Poco, casi nada, sólo te da para vivir. Busca mayores horizontes, Norberto tiene razón.

Marcial los eludió; no quería ampliar sus actividades. Pero de pronto lo asaltó la duda: ¿y si la joven fuese ambiciosa, si Deborah querría más para el hombre elegido? Vaciló mas la idea de ignorar si sería aceptado lo desalentó. Ya se vería después, después...

Llamó al teléfono indicado sin poder comunicar con la muchacha; el jefe debía ser hombre de malas pulgas pues varias veces respondió: "está ocupada, llame más tarde."

Qué tonto había sido al no preguntarle en qué firma trabajaba, de haberlo hecho pudo esperarla a la salida de la oficina.

Súbitamente tropezó con Deborah al salir del café. La muchacha lo reconoció sin dar muestras de alegría. Luego explicó que había esperado su llamado telefónico. Marcial, a su vez, le refirió las evasivas del jefe. "Si es torpe — dijo ella — ya le previne que no le gusta que nos llamen en horas de trabajo." Marcial le preguntó insinuante:

— ¿O es celoso y no quiere que nadie se le acerque?

Deborah se ruborizó:

— ¡Oh no! Es casado y muy serio, no molesta a las empleadas.

El joven la invitó a conocer la agencia de turismo. La muchacha estaba de vacaciones y tenía el tiempo libre. Se interesó por el trabajo de Marcial, dijo que le gustaba el turismo. Luego la llevó a almorzar a una "chifa". No era glotona, rehusó los licores y se comportó con delicadeza. El hombre estaba encantado: la muchacha vestía con telas baratas, sencillas, no tenía joyas pero revelaba en sus modales una educación esmerada.

Supo la dirección de la firma comercial en la cual trabajaba y cada dos o tres días, iba a esperarla a la salida de la oficina: no quería ser muy insistente.

Advirtió que a veces la encontraba nerviosa sin poder precisar el motivo; luego su risa franca, alegre, disipaba toda inquietud. Insensiblemente fué creciendo la intimidad comunicativa. Conocieron recíprocos detalles de sus vidas. Creció la amistad espontánea. Marcial no la asediaba

con galanteos, pero ella comprendía el interés del varón que, a su vez, creía sorprender destellos de algo más que simpatía en los ojos verdes de la joven.

Un día el primo Bernardo no pudo reprimir su asombro:

— Te he visto acompañado de una chica muy guapa. ¿Quién es?

— Sólo una amiga.

— Yo que tu no la dejaría escapar, es muy atractiva.

Marcial esquivó el asedio del primo. Luego se confesó asimismo que estaba realmente enamorado y que no tardaría en proponer matrimonio a la joven. Ella le había dicho: "lo que más me gusta en usted es que me respeta, no tontea ni es atrevido como esos vagos que andan por las aceras fastidiando a las chicas, atraídos sólo por el imán físico." El problema era ese: cómo ganar su confianza antes de confesarle su amor.

Le sorprendió que a veces ella le decía: "no me espere mañana, debo ir a la academia de corte y apenas tengo tiempo para salir corriendo de la oficina a tomar el "micro". Marcial respetaba esos pedidos.

Una mañana la encontró excitada. Miraba constantemente a todos lados, estaba intranquila.

— ¿Qué ocurre? Estás preocupada...

— ¡No, no! Es que mi hermano debía venir.

Pero durante el trayecto y al detenerse en el café La Paz ella seguía mirando ansiosa, como temiendo encontrar a una persona.

El hombre no pudo reprimir su curiosidad:

— Somos buenos amigos — expresó — debes confiar en mí. Algo te pasa. ¿Es que han vuelto a molestarte esos rufianes?

La muchacha se sobresaltó:

— ¿Quiénes, mis primos? ¡Oh! No los califiques así. Viven en Oruro. No los he vuelto a ver.

— Entonces te inquietas por otras personas...

Ella se turbó:

— No, no, si no es nada... Hay días que me siento nerviosa, no sé por qué...

Pero la mirada se guía buscando, buscando, temerosa y el hombre fue lo suficientemente avisado para comprender que la joven mentía.

— Estando yo a tu lado, nada temas.

Ella rió con risa forzada:

— ¡Pero si no, temo nada, nada!

La intimidad iba creciendo entre ambos. El advertía que la joven le iba cobrando cariño, que se interesaba por sus actividades, que se alegraba por sus encuentros. Ya se tuteaban; ¿para qué esperar más?

Una tarde paseando por la avenida Arce, aun en medio al movimiento y a los ruidos del tráfico, le confesó su amor, le pidió que fuera su esposa.

La joven, conmovida, no pudo hablar. Después de un rato, largo y angustioso para Marcial, le contestó:

— No sé qué decir... Apenas me conoces, ni sabes cómo es mi familia... Ni lo que pude hacer antes de conocernos... ¿Y si no te mereciera?

Marcial repuso impetuoso:

— Nada me importan tu familia, tu pasado. Te amo como eres, libre y sola. Será tu esposo, tu amigo, tu protector. Formaré hogar contigo y tendremos hijos bellos y sanos como tu.

Deborah sintió que los ojos se le agolpaban de lágrimas:

— Que bueno eres — contestó — yo también te quiero. Pero tal vez seria mejor esperar, conocernos mejor.

Marcial soltó la carcajada:

— Niña, no pienso que nos casemos mañana. Noviaremos unos meses, acaso un año, o dos, no importa. Así nos conoceremos mejor, como tú lo quieras y nuestro amor se acrecentará en la frecuentación. Ni temas ni desconfíes, soy hombre de palabra y cuando me decido es para siempre.

Así quedó sellado el noviazgo de Deborah y Marcial.

La muchacha era dócil, en general de buen genio. Se adaptaba a las decisiones de Marcial. Tenían gustos afines. Se interesaba por todo cuanto él planteaba, trataba de ayudarlo en el negocio turístico mediante sugerencias atinadas. Marcial estaba contento: con guapa mujer al lado, vivaz e interesada por todo lo suyo, podrían formar hogar dichoso. Pero junto a sus excelentes cualidades, estaba lo otro, las rarezas de carácter, los cambios bruscos del ánimo. De pronto quedaba pensativa, parecía perderse en lejanías para él inalcanzables. O se sobresaltaba y el temor se reflejaba en sus ojos. A veces faltaba a las citas y a la mañana siguiente los pretextos variaban sin convencer al hombre. No quería hablar de su familia ni revelar dónde vivía. Pensó seguirla pero después le pareció indigno: si tenía su secreto había que respetarlo. Su carnet de identidad era claro: Deborah Decimbales, 19 años, empleada de oficina. Marcial pesaba los pro y los contras de la joven: por lo general una compañera ideal, pronta a complacerlo en todo; a veces, con largas pausas, los sobresaltos, la melancolía, ciertas actitudes de cierva acosada.

— Tú me ocultas algo; ¿por qué no tienes confianza en mí si soy tu novio y mañana seré tu marido?

Ella sonreía, turbada y replicaba nerviosa:

— Cosas de mujeres... Tonterías... Nada, en suma, no me pasa nada.

Viéndola así, dubitativa, desamparada por el temor fugaz que temblaba en su mirada, Marcial no insistía pero su mirar intranquilo como si fuese a encontrarse con algo desagradable lo dejaba en suspenso: ¿qué habría en el interior de Deborah o era un peligro externo que la rondaba?

Pasaron semanas, meses. Marcial preparaba ya los detalles del casamiento. Pudo montar un pequeño departamento que encantó a la joven. Entonces ella reveló parte de su inquietud:

confesó que sus padres no querían que se casara antes de los 22. Tendrían que hacerlo en secreto y luego viajar ¿a Buenos Aires, a Río? Mejor a Jamaica. Luego, al volver, los padres tendrían que aceptar lo hecho. Marcial admitió sin vacilar los deseos de la novia.

Y el noviazgo continuó sereno, dichoso, de cuando en vez turbado por los bruscos cambios de ánimo de la muchacha. A Marcial le pareció que el miedo asomaba a los ojos verdes.

Una tarde, saliendo del hotel Plaza, en el Prado, ella lo retuvo nerviosamente: "quédate aquí! — ordenaba imperiosa, no me sigas."

Se alejó hasta perderse en la esquina. Volvía diez minutos más tarde explicando: "una señora a la que le debía dinero iba a avergonzarme delante de ti; no quise que lo hiciera. Ya le pagué y no volverá a molestar más."

Marcial supo que mentía: una mujer pidiendo que le devuelvan dinero su no podía haberla asustado en esa forma.

Pero la muchacha era tan buena, tan comprensiva, sobre todo parecía quererlo tanto y lo ayudaba, con rápida intuición, en todo cuanto él proponía, que esos ligeros incidentes no pudieron turbar el idilio: Deborah era perfecta, como mujer y compañera ¿por qué no disculpar sus arrebatos de temor?

Viajaron a Cochabamba, alojándose en hoteles distintos, a pedido de ella, para que su familia no se enterase del idilio.

En el vuelo de retorno a La Paz iban a ocupar dos asientos próximos en el avión cuando de pronto Deborah exclamaba:

— Mejor vamos separados. Me ha parecido reconocer a un amigo de mi padre y podría informarle de lo nuestro.

Marcial obedeció. Esta vez era razonable el pedido, pero el susto en los ojos verdes abría nuevamente la pregunta: ¿qué ocurría, por qué ese pánico mal disimulado, ese vacío que se abría insólito entre los novios?

Al recoger el equipaje ella volvió a insistir que fuese solo, que no les vieran juntos, pues el amigo de la familia vigilaba. El joven se alzó de hombros, ya molesto, sin reparar en nadie que observara a Deborah. "Dios mío — pensó — ¿no padecerá manía de persecución? Haré que la examine un psiquiatra. No dijo nada a la muchacha. Al descender del vehículo ella habla recuperado la calma y lo contemplaba tímidamente.

Marcial, persuasivo, insinuó:

— Mientras yo esté a tu lado nada debes temer. ¿Por qué ocultarse de la familia? Tarde o temprano sabrán lo nuestro.

Deborah desvió la mirada:

— No quiero que te pase nada...

El joven rió alegremente:

— ¿Pasarme, a mí? Bah, ni tu padre ni tus hermanos podrían hacerme daño. Sé defenderme.

— No, no es eso — repuso la muchacha.

Se despidieron. Dos cuadras más adelante, caminando ella apresurada por la Yanacocha, fué cogida del brazo por un hombre joven de buen aspecto.

Deborah tembló y quiso escapar pero la mano masculina la tenía bien sujeta.

— Santiago — imploró — ya te dije que no volvieras a acercarte. Eso está terminado; ni tu ni los otros tienen nada que hacer en mi vida futura.

El hombre lanzó una exclamación burlona:

— Así que tu dispones y nosotros cuatro muñecos — dijo apretándola con más fuerza.

— Suelta, me haces daño.

— Está bien, mas no te irás sin que aclaremos las cosas. Entraron a la cafetería de la calle Potosí y allí, en un rincón del local al amparo de la música tanguera pudieron conversar sin ser interrumpidos.

Deborah explicó claramente su situación: se casaría dentro de treinta días y no quería saber nada de su vida anterior. El llamado Santiago sonrió con aire fanfarrón: "y tu crees que podrías dejarnos plantados tan fácilmente." La muchacha se enojó: "No soy vuestra esclava. Si siguen molestándome avisaré a la policía y los haré detener." El hombre soltó la carcajada: "Estaría bueno, tu haciéndonos detener... ¿Y si nosotros hablamos, avisando como te conocimos y lo que hemos hecho en estos tres años? Estás loca. No somos caballeros como ese remilgado que te acompaña, pero tampoco imbéciles para temer tus amenazas. ¡No harás nada! — añadió con dureza y tienes que aceptar lo que nosotros dictemos."

Siguió la conversación voz baja. Hablan agotado tres turnos de café. Luego Santiago imponía en tono severo:

— Hemos decidido que no te casarás, a no ser que aceptes seguir viéndote con nosotros. Escoge.

La muchacha lo miró apenada:

— Quieren que me convierta en una mujer de mala vida.

El hombre se rió con sorna:

— Has olvidado tu filosofía, no hay buena ni mala vida, sólo vivir libremente, sin reglas, sin trabas. Te has convertido en una perfecta burguesita, pero no será a costa de nosotros. La hermandad de los Cinco carece de reglamentos, ya lo sé; sin embargo todos tenemos iguales obligaciones. Se hace lo que dice la mayoría y en tu caso los cuatro tenemos decidido que no casarás, a menos que sigas cumpliendo con nosotros.

Deborah lo miró angustiada:

— ¡No puedo estar condenada a vuestro, servicio! ¡No! Sería una iniquidad. Un error de juventud, no puede atarme para toda la vida. Iré a la policía y os denunciaré, pedirá garantías que no seré molestada.

Santiago se mofó de sus palabras:

— No puedes hacerlo. ¿Qué diría tu familia, y qué los que te conocen? No puedes desprestigiarte a ti misma.

¡Déjame en paz, maldito; yo sabré defenderme de vosotros!

Se separaron, ambos violentos.

Marcial andaba contento: su novia respondía al ideal labrado en su mente: era linda, buena, inteligente, laboriosa. En los días libres se esmeraba por arreglar detalles de la oficina, quería ayudarlo en su trabajo. No era dócil, blanda, asequible a todo como esas mujeres sin personalidad, mas con buenas razones y el tono afectuoso acababa cediendo a sus deseos. Mujer Integra — pensaba el joven — no pasaba de besos y caricias leves. La respetaba justamente por eso, porque era virgen y pura. Sabía todos los menesteres domésticos que no la arredaban. De escasa formación cultural, poseía ese genio intuitivo que suple la falta de conocimientos con la rápida captación de las cosas. Si: sería una mujercita ideal, que respondería a sus anhelos, le daría hijos fuertes y sanos como ella, lo cuidaría, lo mimaría, y en las veladas nocturnas cuando volviese cansado del trabajo, allí estaría la hermosa y tierna compañera dispuesta a encantar sus horas. Los libros y la música los acercaría más. ¡Qué suerte había tenido al encontrarla! Ahora que esos cambios súbitos de humor solían alarmarlo... ¡Bah, cosas de mujeres, nervios, temores, tonterías! Ya se le pasarían. Deborah era la mujer fuerte de la Biblia en la que uno puede confiar y apoyarse para toda la vida.

La joven visitaba a su amiga Eduviges, la confidente. Esta la encontró preocupada. Deborah no era muy afecta a revelar sucesos íntimos, limitándose a las charlas triviales del diario acontecer. Eduviges ni siquiera conocía a su familia; tenía buen criterio y sabía frenar los raptos impulsivos de su amiga. Le gustaba la compañía de este ser tan distinto al suyo, porque si Deborah era apasionada, pronta al arrebató o a las decisiones bruscas, Eduviges, reposada, nada hacían sin previa reflexión, ignoraba esas transiciones súbitas de la inquietud a la tranquilidad.

Esa tarde las amigas conversaban tomando té en el "Sheraton".

— ¿Qué te ocurre?

— Nada, estoy molesta por un incidente en la oficina.

— ¿Con tu jefe? Pero si todos te quieren allí.

— Nada, nada. Pasando a otra cosa — dijo Deborah — ¿tú crees que un juramento ata definitivamente?

— Según qué clase de juramento; si es el que se formula ante la ley o ante el sacerdote, sí; mas si se trata de una promesa tonta de chiquilla, de un momento de debilidad del carácter, no.

— Un juramento hecho sinceramente del cual nos arrepentimos más tarde.

— ¿Qué edad tenías al formularlo?

— Díez y siete años.

Eduviges la miró triunfante:

— Eras menor de edad, no podías responder por tus actos. Ese juramento no es válido.

El rostro de la joven se iluminó:

— ¿Entonces no pueden obligarme a cumplirlo?

— Naturalmente que no; a no ser — añadió entre maliciosa y burlona — que te hayas metido con una banda de narcotraficantes o de ladrones de alta escuela.

Oh, no! No hay nada de eso. Es algo muy especial que no puedo confiar a nadie, ni a ti que eres mi mejor amiga... Algo que me ata y no me ata... No sé cómo decirlo... Una locura de adolescente que ahora me pesa... Y me crea dificultades... Pero no es nada criminal — insinuó afectuosa — no te preocupes.

— Cuando la carga se comparte siempre es menos pesada.

— Algún día lo sabrás, te lo prometo. Entretanto dejemos a un lado las inquietudes. ¿Viste la última película de Laura Antonelli?

— Es buena actriz, enloquece a los hombres; ¡claro! si es la superhembra. Reconozco que como actriz anda excelente. Lo que no me agradan son sus directores que la presentan exagerando lo erótico.

Salieron del "Sheraton" fueron subiendo lentamente por la avenida Villazón, empalmaron al Prado y en la esquina del Monje Campero donde solían despedirse porque sus casas las llamaban por rumbos distintos, de pronto Deborah le apretó el brazo nerviosamente: "acompañame." —dijo— por favor, no me dejes hasta llegar a casa."

Eduviges miró a la acera del frente: dos tipos bien vestidos, jóvenes, parecían ver con marcado interés hacia ellas.

"Vaya, vaya, te asustan dos galanes — repuso juguetona — pero si tu nunca te asustaste de los hombres." Deborah, todavía nerviosa, sólo atinó a decir: "Si no es por esos dos... es que... quiero que me acompañes."

Los dos hombres las siguieron hasta la casa misma de la joven. "Era por ellos" — pensó Eduviges mas no quiso afligir a su amiga con preguntas y se despidieron.

9

Don José María, honrado funcionario del Ministerio de Finanzas, era un padre severo.

— ¿Por qué llegas tan tarde? — preguntó en tono airado. Nunca estás a la hora de la cena, siempre retrasada, aunque sabes que a mí me gusta comer rodeado por todos mis hijos.

La joven se excusó: los micros estaban llenos y tuvieron que venir a pie con Eduviges.

La madre salió en defensa de la muchacha: era joven, los tiempos habían cambiado y no podía seguir viviendo como un pájaro enjaulado. "Deborah es responsable, deberlas confiar en tu hija."

Pero don José María, porfiado en sus convicciones no quiso ceder. "A las ocho se come en esta casa y a las ocho estarás aquí todos los días."

— ¿Y cuando vaya al cine? — preguntó tímidamente la joven.

— Con aviso previo y sólo una vez a la semana.

La madre plácida, casi indiferente, más dedicada a los hermanitos. El padre duro, incomprensivo, provocaron la decisión de la muchacha: se casarla aunque fuese con la oposición paterna; Marcial la amaba de verdad, serían felices. Había que escapar a las rigideces de la vida hogareña.

En cuanto a los otros ¿cómo librarse de ellos?

Jugando a las cartas, fumando y bebiendo sendas cervezas, los cuatro amigos discutían el asunto. Santiago, Pedro, Alberto y Rogelio analizaban el caso.

— Ella no puede abandonarnos — dijo Pedro.

— Es libre — arguyó Rogelio. ¿Acaso somos sus dueños?

— Estúpido — profirió Santiago — ¿querrías perderla y que nos privemos de sus caricias?

Alberto sonreía maligno:

— Como hembra nadie la iguala. Lo pactado, pactado queda. Ella misma tendió su red y ahora está envuelta en ella. ¿De qué se queja? Quería vivir libremente, escogió su camino y allí estábamos nosotros. Nada puede reclamar.

Discutieron largamente, analizando los porqués y los contrastes del asunto.

— Si Deborah acude a la policía nos veremos en aprietos — sentenció Pedro. Al fin y al cabo la tenemos como secuestrada contra su voluntad.

— ¿Contra su voluntad? No. Si se cuenta la historia desde el principio, ella entró por su voluntad al acuerdo.

— Yo no renunciaré al embrujo de sus piernas — terció Rogelio.

Y Alberto más cínico:

— En la cama nadie la gana; ¿por qué habríamos de privarnos de sus encantos si es maravillosa?

No se habló de crímenes, de robos, de terrorismo político ni de sociedades secretas. ¿Qué extraño pacto tenía a Deborah atada a la voluntad de los cuatro rufianes? Porque aun siendo mozos de buena apariencia, el pretender valerse de la mujer para su propio deliquio, coartando su libertad, era delito y merecían el calificativo de rufianes.

— Pienso que estamos abusando de la situación — añadió Santiago. La forma cómo ella entró al pacto es muy especial; pero obligarla a mantener las cosas sólo para nuestra satisfacción, podría tacharse de rufianesco... No sé, no sé

— ¡Qué tonto eres! — replicó Pedro. Nadie la obligó, fué ella misma quien se ató a nosotros.

— Pero no hay papeles que lo certifiquen — dijo Alberto.

— Ya saltó el abogado — intervino Rogelio. ¿Acaso se trata de un contrato, de una sociedad, de un acuerdo solemne? Fué una decisión mutua, libremente pactada por las partes. Además, Deborah no podría instaurarnos acción judicial porque para ello debería confesar, previamente, que se nos entregó por su voluntad; la prueba está en que todo dura ya más de dos años.

Al terminar la reunión los cuatro amigos coincidieron en que nada malo podía ocurrirles puesto que la joven estaba amarrada por su conducta inicial.

Pedro fue el más categórico:

—¿Por qué habríamos de renunciar a Deborah? Ella buscó el acuerdo y debe respetarlo. Autorizamos su boda sólo si continúa siendo nuestra amante. De lo contrario...

— No es solución la que propusiste ayer — arguyó Santiago: eliminar a Marcial, su novio, nos convertiría en asesinos.

— Claro que no — replicó Pedro. Sólo se trata de asustarla; parece enamorada y sea para resguardar la vida de ese Marcial o para cubrirse ella misma, tendrá que aceptar nuestras condiciones.

— ¿Por qué no transamos con ella? — adujo Rogelio. Que sea hasta que tenga el primer crío...

— Estás loco — dijo Alberto. Después de tenerlo se pondrá más guapa que nunca. Es preciso que continúe entregándose cada semana a uno de nosotros. Eso fue lo acordado y creo que nadie tiene nada que reclamar al respecto: el pacto fué pacto y debemos mantenerlo a toda costa. ¿O le damos una paliza al novio y lo dejamos inutilizado para siempre?

Los recursos de brutalidad fueron desechados. Había que amedrentar a la muchacha solamente, asustarla. Sería suficiente y ella aceptaría renunciar al matrimonio o mantener el trato carnal con ellos.

— No la tratemos con dureza excesiva — exclamó Rogelio. Piensen que jamás quiso recibir dinero ni regalos nuestros.

— ¿Y el goce que le dimos? — expresó Pedro.

La discusión cesó al aprobarse dos puntos: seguir asustándola con daños físicos al novio y obligarla a mantener lo pactado.

Los cuatro poseedores del cuerpo de Deborah se separaron muy ufanos, seguros de su victoria sobre la joven.

11

Marcial se encontró con Deborah en la calle Comercio. Compraba medias para sus hermanitos y no quiso que la acompañara. "Sólo salí por un rato de la oficina — dijo — y debo regresar." Pero sus miradas ansiosas revelaban su temor. El hombre se enfadó: "¿Pero qué es lo que te pasa? Vives asustada". Deborah terminó confesando: José María era su padrastro, la madre sabía casado dos veces, y el hombre quería que ella siguiera siendo ayuda económica y doméstica en las necesidades de la familia. "Le tengo miedo — agregó — porque es muy bruto y si nos ve juntos podría pasarte algo."

Marcial se rió herido en su vanidad masculina. "Sé defenderme — repuso — y si quieres llevará un arma para defenderme." La muchacha palideció: "No, no, — replicó — no quiero que te hagan daño pero tampoco que tu derrames la sangre de otro. Si somos cuidadosos, si lo evitamos, nada ocurrirá."

¿Cómo podría ser tan intransigente el padrastro? La joven era mayor de edad, podía casarse autorizada por la ley. Marcial le propuso con energía: "vamos a tu casa y enfrentare al lobo. No le tengo miedo."

Pero la mirada de la muchacha era tan triste y el tono de su voz tan implorante para que no lo hiciera, que Marcial se rindió a los ruegos de su novia. Esperarían.

Se encontraban a la hora vespertina cerradas las oficinas, porque según Deborah José María se recluía en la casa después de las seis.

Deborah cambiaba frecuentemente de humor, tan pronto alegre, tan pronto pensativa. Los esfuerzos de Marcial por descifrar su preocupación se estrellaban ante la firme negativa de la muchacha: "nada, no me pasa nada." Pero el hombre no era tonto y advertía que el temor y la tristeza la acosaban. Ella le confiaba todo, la vida penosa en su hogar, sus sueños, cómo imaginaba el mundo, las pocas amigas — Eduviges la preferida — cómo tuvo que abandonar sus estudios para ponerse a trabajar; era, apenas, secretaria-comercial y no pudo asistir a la Universidad donde pensó graduarse de contadora. Por lo demás le gustaba todo lo que placía a Marcial, se manifestaba dispuesta a vivir como él quisiera y dónde él escogiera. Era, verdaderamente, la compañera ideal. El joven pensaba que su felicidad sería inalterable junto a la bella, arrogante y sagaz Deborah, que le adivinaba el ánimo y se adhería con fina intuición a sus deseos. Pero esas variaciones de temperamento ¿qué significaban o que podían esconder. "Cosas de mujeres, ya pasarán; el matrimonio la volverá a la realidad."

Una tarde, saliendo del cine "Scala", Marcial sintió que un joven alto, fornido, lo empujaba con torpeza; luego lo tomó de las solapas y se disponía a darle un golpe, cuando fué retenido por detrás por Tomaves, un amigo de Marcial que había observado la escena:

— Usted lo ha provocado sin motivo — dijo Tomavez. ¡Váyase! Soy de la policía. La próxima vez que lo vea matoneando me lo cargo a la reja.

El agresor frustrado se alejó, acobardado, echando una mirada de odio a Marcial quien agradeció al amigo su oportuna intervención. Acompañó a la joven hasta su casa y se despidió tranquilizándola:

— ¿Verdad que no lo empujaste?

— Claro que no; fué él quien arremetió contra mí con visible intención de agredirme. Si no es la oportuna intervención del amigo Tomaves hubiera descargado el golpe.

Ella estaba muy pálida y en sus ojos se advertía la angustia. Marcial la calmó:

— Vamos, no seas niña. Un incidente callejero le pasa a cualquiera. Ya pasó.

Pero al dirigirse al restorán donde debía cenar con los amigos, Marcial reflexionaba. La joven se había asustado en exceso, hasta le pareció que iba a decir algo y el miedo le cerró los labios. ¿Era tan sensitiva o tan miedosa? No, Deborah era valiente, no se amilanaba así nomás. ¿Qué pasaría? Acaso conocía al sujeto y sabiéndolo violento temió por Marcial; pero no, no podían conocerse pues ni se dirigieron la palabra. Al hombre se le quedaron en la retina la furia de su presunto agresor y el pánico en los ojos de la muchacha.

12

Cuatro días en Santa Cruz los pasaron dichosamente. Ella fué enviada por su oficina y el padrastro no pudo oponerse. Marcial, habituado a los viajes por necesidades de su oficina de turismo, pudo acompañarla. Deborah insistió en que ocuparan asientos separados en el avión.

En la capital oriental, aparte de las cortas gestiones que ambos debían realizar, estuvieron siempre juntos. Almorzaban y cenaban en distintos lugares, salían a bailar, conocieron algunas parejas amigas que Marcial le presentó. El joven estaba encantado: la muchacha cara bien a todos y su naturaleza noble y sencilla se le reveló cuando visitaron el jardín botánico. Paseando por sus umbrosas veredas, ella confesaba: "aquí me gustaría vivir, lejos del bullicio de la ciudad."

Ningún incidente perturbó el idilio. Deborah transcurrió los cuatro días alegre, animosa, como una niña traviesa que descubre el mundo. Ninguna sombra de melancolía asomó a la hermosa cara.

Viéndolo contento, ella arriesgó la proposición:

— Quisiera que nos casemos pronto, pero no en La Paz, donde José María lo impediría. Tú que viajaste tanto: ¿por qué no escoges un lugar apropiado? Y después, después... te rogaría que nos quedemos tres meses allí, o tal vez más, si te fuese posible...

Marcial se regocijó por la proposición:

— Cuando tu quieras, mañana mismo. Nos casaremos en forma privada, lejos de La Paz donde te atemoriza el padrastro. En cuanto a lo de permanecer fuera, bueno, habría que pensarlo. El primo Bernardo puede sustituirme en la oficina un mes, talvez dos, pero quedarnos a vivir en el exterior... (Luego en un súbito arranque de entusiasmo añadía) Será como tú quieras: tengo un amigo en Miami y puedo conseguir casa y ocupación allí. Te lo prometo: nos casaremos allí y viviremos en los Estados Unidos.

La joven resplandecía de contento.

13

Pedro y Alberto departían disgustados. Santiago y Rogelio se estaban echando atrás, parecían inclinarse a dejar en paz a la muchacha. "Traidores y bobos — dijo Alberto — no saben lo que se pierden."

— ¿Tu renunciarías a Deborah?

— ¡Nunca! Como hembra nadie la gana. Estoy dispuesto a todo para que la conservemos.

— Lo mismo me ocurre a mi: no podría renunciar a ella — dijo Alberto y en gesto lúbrico añadió:

— Esos senos, esos muslos, esas caderas de diosa... Tu sabes que yo me he "fajado" hembras estupendas, pero como Deborah ninguna. Sería una idiotez dejarla escapar. Y está bien amarrada por el pacto que después de todo partió de ella.

— No — dijo Pedro. La verdad es que lo propusiste tú y ella aceptó.

Alberto replicó enojado:

— ¡Mil demonios! ¿Qué importa quien propuso? Ella entró en la cosa y listo. No era ninguna mocosa cuando la encontramos, sino una mujer hecha y derecha, abierta, vivaz, muy inteligente; acuérdate cómo nos asombraba su modo de razonar. ¡Qué diablos! Deborah sabía perfectamente lo que hacía, le gustaba el experimento, y no puede decir que fué obligada.

— Sí, es verdad. A veces pienso que fué ella la que nos arrastró al asunto... Y ahora, ahora, es la víctima de su propia audacia.

14

Eduviges la vió feliz, riendo, nerviosa, llena de animación. "No lo digas a nadie. Tu ya lo conoces, casaré con Marcial y nos iremos a vivir a Miami."

— ¿No temes que tu padrastro les persiga?

— No puede hacer nada; soy mayor de edad. Además ni sabrá dónde nos iremos. Sólo te escribiré a ti.

La amiga aventuró otra pregunta:

—Y esos tipos que te fastidiaban?

Deborah se turbó pero reaccionó prontamente:

— Te refieres a mis dos primos y sus amigos; bueno: eran solamente amigos. Cosas pasadas.

Luego, muy animada, agregaba:

— Como sólo tengo confianza en ti dejaré una carta para que la entregues a mi madre después, que hayamos partido, porque el bruto de mi padrastro podría oponerse a la boda y al viaje.

Eduviges prometió guardar reserva hasta el día de la partida. No advirtió que aun en medio de su alegría Deborah no podía disimular bien su nerviosismo. "Está entusiasmada — pensó — es natural que se halle agitada y los pormenores del matrimonio deben tenerla muy afanada."

Cuando supo que se casaría en el exterior, se sorprendió. Sería la madrina por poder. Estaba bien. Sólo deseaba que su amiga fuera feliz. Era el 10 de julio. "Viajaremos el 18, y tu recibirás mi primera carta pocos días después. Marcial es muy bueno, muy simpático, todo en él me atrae: es hombre de carácter y tiene situación. Ya te lo presentaré."

Fué el último encuentro entre ambas amigas.

15

La conversación entre los dos primos se prolongaba sin solución.

— Rogelio — dijo Santiago — al fin y al cabo nosotros somos primos de Deborah; no podemos abandonarla.

— Ya lo sé pero ella es endiabladamente atractiva y se hace muy duro renunciar a sus encantos. Después de todo fué ella la que inició el experimento.

— Ya lo sé, pero entonces tenía apenas 17 años, era menor de edad y podría denunciarnos...

— ¡Oh, no, no! De eso estoy seguro que no. Es una muchacha inteligente y el pudor le impediría denunciarnos.

— La solución que proponen Pedro y Alberto es injusta: que renuncie al matrimonio o que lo realice y siga viendose, digamos más claramente conviviendo con nosotros.

— ¿Por qué ha de ser injusta? En la sociedad actual el adulterio, los amores prohibidos y tantas lacras más están a la orden el día.

—¿Entonces no la quieres, no sientes nada por ella?

— La quiero, sí — repuso Rogelio — mas a mi manera, y también quiero a los amigos. ¿Por qué habríamos de romper el hermoso quinteto de camaradería y sexo que nos une?

Santiago porfiaba: tal vez no estaban bien encaminados. La cosa podría tener consecuencias, pero había que ser hombres y afrontar las consecuencias. Después de todo Deborah era soberbia como mujer, y prima o no prima resultaba insustituible.

Rogelio propuso una reunión con los otros dos para definir la situación: nos plantamos o renunciamos. "Estás loco — dijo Santiago — Pedro y Alberto jamás renunciarían."

Esa noche, al recogerse después del cine, Marcial cruzaba la calle Landaeta, solitaria a la sazón, cuando sintió la detonación y silbar el proyectil cerca de su cara. Inmediatamente se echó al suelo. Sonó un segundo disparo y alcanzó a divisar una figura que se perdía por la avenida 20 de octubre.

Recuperada la serenidad se puso a reflexionar en lo ocurrido. No se trataba de un ladrón porque los ladrones no asaltan anunciándose a tiros. Tampoco podía ser una razón política porque no actuaba en política. No tenía enemigos. ¿Por qué habían tratado de victimarlo? Quedó confuso y apenado a la vez: ¿quién podía odiarlo o beneficiarse con su muerte?

Contó el incidente a Deborah. La muchacha empalideció visiblemente, asomaron lágrimas a sus ojos, y muy conmovida imploraba:

— ¡Ah, no salgas de noche! Tu ves que el ambiente social está muy agitado: hay crímenes, atentados, actos vandálicos... Hasta podría estallar una bomba de las que los terroristas difunden por la ciudad. ¡Debes cuidarte! Eres un hombre importante, pueden envidiarte la oficina de turismo, tus relaciones con los periodistas, y... y...

Marcial añadió en voz baja:

— Si, puede ser eso: me envidian que te haya conquistado. Es un celoso vengativo el que atentó contra mi vida.

Requerida por el novio Deborah confesó que hacia dos años estuvo semicomprometida con su primo Rogelio, pero nada serio. "Y no lo veo hace mucho tiempo" — añadió presurosa.

— ¿Estás segura que nadie puede alegar derechos sobre ti?

— Completamente segura. Soy libre y no creo ser tan importante como para que alguien se convierta en asesino por mi causa.

Marcial la tranquilizó. Lo más probable era el equivoco, lo confundirían con otra persona o fue un ebrio que disparó al azar. Su instinto, empero, le decía otra cosa: le habían disparado dos veces, la primera apuntando bien.

El incidente fué olvidado por los preparativos del viaje. Marcial obtuvo los pasaportes recomendando el siglo con una recompensa al empleado que los proporcionó. Vendió su automóvil conservando la camioneta para el negocio. Obtuvo el silencio y la ayuda de Bernardo quien manejaría la agencia turística durante su ausencia. Todo andaba sobre ruedas.

Cada día más enamorados los novios transcurrían contando las horas para el viaje. Se casarían en Miami, Marcial obtendría trabajo con el amigo estadounidense, si fuese preciso ella también trabajaría — no en vano dominaba el inglés — y ya nada se le opondría a su dicha.

"Serás la novia más linda que verán las playas de Miami".

Los cuatro rufianes sostuvieron una larga y encendida discusión al cabo de la cual terminaron por establecer que no les cabía culpa delictuosa, puesto que Deborah habla iniciado el acuerdo. Luego que se podía contar con el silencio de la joven. Finalmente aprobaron tener un encuentro con Deborah, hacerle una amenaza final para vencer su resistencia; y si ésta última tentativa fallaba, abandonar la partida.

— Después de todo ella nos ha dado dos años de goces y tiene derecho a enderezar su vida — dijo Santiago.

— Pero es duro renunciar a sus encantos — anotaba Pedro.

—Y tu exclamó Rogelio dirigiéndose a Alberto — has sido tan estúpido que le disparaste y pudiste convertirte en asesino; y nosotros — claro — en tus cómplices.

— ¡No, no quise matarlo! — contesto Alberto. Era sólo para asustarlo.

— Como amenaza está bien — intervino Pedro. Pero ahí quedamos, nada de sangre.

Luego acordaron que se podría dar un revolcón a Marcial, sin hacerle mucho daño. Con esos dos extremos, la agresión física al enamorado y la amenaza formal a la chica, todo les saldría bien. Y si no... renunciar. ¿Qué otra cosa cabra? Hay tantas mujeres en el mundo.

18

La agresión a Marcial la realizaron Pedro y Alberto, fornidos mocetones, pero Marcial, ágil y nervioso se defendió con valor aunque salió malparado del encuentro.

Inútiles fueron las explicaciones a Deborah: no, no eran dos ebrios que provocan escándalos callejeros. Debía ser algo más serio. Toda nerviosa, preguntó a su novio: "¿Tienes enemigos, rivales por la agencia turística? tal vez antes estuviste en trajines políticos." Marcial negó todo, lo que era verdad. Entonces la muchacha se angustió: "alguien quiere hacerte daño y no es la primera vez. ¡Dios mío! ¿Qué se puede hacer"

Pero Marcial no era cobarde. Tuvo la precaución de salir siempre armado y pronto olvidó el incidente.

Cuando iban al cine, al entrar y al salir de la sala, Deborah se ponía inquieta, miraba todos lados como temiendo algo que el joven no podía comprender.

— Apuremos el viaje — dijo temerosa — tango el presentimiento de que algo nos amenaza. ¡Vayámonos pronto, pronto!

19

Cuatro días antes del viaje Deborah accedió a la entrevista con sus persecutores, pues temía que de no acceder a ella los rufianes podrían difundir rumores en contrasuya. ¡Y cómo .los había querido, antes, como a verdaderos amigos; parecían tan gentiles, tan devotos a su persona! ¿Era posible que hubiesen cambiado tanto, convirtiéndose de buenos compañeros en verdugos?

El entrar la joven al cuarto los cuatro se levantaron. Se les notaba algo embarazados, mientras Deborah lucra el ceño adusto y el porte altivo. No tardó Santiago el mayor y más reposado en plantear la situación:

— Deborah — dijo — queremos definir un estado de cosas que no puede prolongarse por más tiempo. Teníamos un pacto por cinco años que todos debemos respetar. ¿Por qué pretendes evadirte de tu juramento?

La muchacha respondió indignada:

— Era poco más que una niña cuando lo hice. Ustedes abusaron de mi buena fe...

Rogelio la interrumpió:

— Prima, no es verdad. Fuiste tú la que al conocernos a los cuatro nos dijiste que eras una muchacha libre, con nuevas ideas, que no tenías miedo a nada.

— Cierto — repuso la joven — pero es que ignoraba a qué extremos de maldad podrían llegar ustedes, falsos amigos.

— No eres justa — adujo Pedro — no es que seamos malos, es que tu buscaste tu destino. Cuando Alberto, casi en broma te preguntó si te dejarías desflorar por nosotros ¿no aceptaste, no dijiste que el amor libre era el experimento que te convenía?

Deborah quedó confusa un momento; luego reaccionó con furia:

— Es cierto, pero ese pacto lo hizo una pobre niña con cuatro mozalbetes que debían tener más conciencia.

Santiago, el otro primo, intervino calmoso:

— Sé justa, Deborah — expresó — tu aceptaste ser amante de los cuatro, una semana cada uno, y aunque nunca quisiste o no podías hacer lo por las noches, lo cierto es que en estos dos años hemos sido tus amantes y tus mejores amigos. Nunca te pedimos nada, reconocemos que tampoco exigiste nada de nosotros y nuestros encuentros sexuales fueron libremente realizados. Tú nos llamabas "los simpáticos amigos", nosotros te teníamos como a una diosa, la prueba es que ninguno buscó otra muchacha porque tú encarnabas el ideal único para todos nosotros.

La joven contestó:

— Sí, es verdad que yo acepté el experimento, me parecía extraordinario cuatro hombres para una mujer, pero no sabía lo que hacía...

— ¡Oh, oh! — murmuró Pedro — bien que lo sabías. Desde que yo te conozco pensabas y gozabas como una real hembra.

— No me insultes — profirió la muchacha.

— Vaya, vaya — agregaba Alberto. Antes te gustaba que te dijéramos que eras la superhembra y ahora ese calificativo te parece insultante. ¡Cómo has cambiado!

— Sí, — replicó la joven furiosa — he cambiado y he venido a decirles que me casaré y seré, de hoy en adelante, una mujer honesta.

Los cuatro hombres se miraron entre sí, hasta cambiaron guiños y finalmente Santiago, con voz tranquila, planteaba:

— Deborah, te hemos amado y te seguimos amando. No podemos renunciar a ti. Los cinco estamos atados por un juramento: durante cinco años — todavía quedan tres — debemos mantener el pacto carnal y espiritual que nos liga. ¿Por qué romperlo? Nos diste felicidad pero también nosotros te dimos placer. Hay que ser justos. Hemos meditado mucho el asunto y tenemos resuelto que o renuncias al matrimonio y sigues los tres años que faltan con nosotros, o te casas y mantienes el trato sexual con nosotros. Si no aceptas el dilema, mataremos a Marcial. Es definitivo.

La muchacha los miró angustiada:

— No creí que fueran tan desalmados. ¿Qué les ha hecha Marcial?

— Nos quita nuestra diosa — dijo Alberto entre gentil y cínico.

Siguieron discutiendo, ellos siempre firmes en la amenaza, ella atormentada por las exigencias de los hombres que un día fueran sus mejores amigos y amantes.

La muchacha creyó en la amenaza. Los cuatro bribones aparecían tan seguros en cuanto afirmaban, que Deborah se vió perdida, sin salida. Entonces su astucia femenina, mientras ellos seguían discutiendo, urdió la solución final: el viaje, a pedido suyo, se realizaba en el mayor sigilo. Fuera de Eduviges, nadie lo sabía. Tenía que salir de la trampa.

— Está bien — dijo ceñuda, sin poder disimular lágrimas de impotencia. La cosa es demasiado grave para decidirla de inmediato. Denme cuatro días para darles mi respuesta, pero no toquen a Marcial que es inocente.

Cuando la muchacha salió, los otros tres abrazaron a Santiago: "estuviste magistral, tu serenidad la derrotó. Ya verán que accederá a lo que pedimos."

20

Dos días antes de la partida Deborah estuvo extremadamente cariñosa con el novio.

— ¿Verdad que nunca dejarás de amarme?

— ¡Jamás! — replicó Marcial. Serás para mí la única y para siempre.

Marcial era feliz: la novia resultaba tan perfecta que no podía ser mejor. Ahorrativa le impedía gastos inútiles; hacendosa siempre estaba arreglando la oficina; ni cargosa ni desamorada demostraba su cariño en los menores detalles; tenía ansia de aprender; evitaba las discusiones, parecía disfrutar en complacerlo; tenían gustos afines; y en fin: era linda, guapa, sabía vestir, su genio alegre sólo se vera turbado con esas nubecillas pasajeras de ansiedad. No se cambiaría con nadie. Además Marcial nunca estuvo enamorado antes de conocer a la joven, de modo que gozaba los encantos de un idilio inédito.

Que Deborah también era dichosa bastaba con verlo en sus ojos. Harían la pareja ideal.

La víspera del viaje Deborah estuvo melancólica.

— Falta sólo un día ¿verdad? Ya nada podrá separarnos.

— Tontita: ¿por qué lo dices? ¡Claro que nadie ni nada podrá separarnos. Mi amigo norteamericano vendrá a recibirnos al aeropuerto y de allí directamente a la vicaria: pasado mañana seremos marido y mujer.

Deborah sonrió con tristeza Marcial la calmaba:

— No seas impaciente, faltan sólo dos días, estarás más linda que una estrella de cine y yo seré el hombre más feliz.

Había un fondo de pesar en la mirada de la muchacha. Al despedirse, en la esquina antes de llegar su casa, Deborah le apretó nerviosamente las manos y dijo:

— Nadie te va a querer como yo; ¿verdad que nunca lo olvidarás?

Marcial la estrechó con ternura junto a sí:

— Nunca.

21

A la mañana siguiente, antes de partir por última vez a la agencia turística, Marcial recibió un llamado telefónico. Era Eduviges: "ha sucedido un accidente a Deborah, venga; yo lo llevaré a la casa."

Terriblemente asustado el hombre acudió al encuentro con Eduviges, quien lo puso en conocimiento de lo sucedido: Deborah había ingerido una pastilla de cianuro, se habla suicidado.

Anonadado por su desdicha Marcial no podía reaccionar.

¿Por qué, por qué, por qué? Si éramos tan felices...

— Mejor no entre a verla — dijo Eduviges. El padrastro puede pensar que usted es el culpable del drama.

Marcial la apartó bruscamente:

— ¡No importa — contestó — afrontaré lo que venga!

Ella estaba tendida, vestida, bajo una colcha de alpaca. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y el rostro lucía serenísimo reflejado una paz definitiva. El joven comenzó se arrodilló y comenzó a llorar desconsoladamente.

En ese instante don José María, el padrastro, entró violento al cuarto:

— ¡Ah, éste es el infame!

Eduviges lo retuvo con energía:

— ¡No señor, se equivoca usted! Tengo una carta de mi amiga donde señala a los culpables de su muerte. Marcial era el único que la amaba y la protegía.

Don José María se contuvo, abrió la carta escrita de puño y letra de su hijastra. Marcial, hondamente conmovido, seguía llorando sin haber recogido el diálogo del padrastro con Eduviges.

Pasaron largos minutos antes que el padrastro terminara la carta. Respetando el dolor del joven y avergonzado de su propia conducta, apenas pudo balbucir:

— Ahora ocupémonos del entierro.

Marcial se repuso se levantó y oró frente a los restos de la amada. Luego hizo una venia a los familiares y se retiró acompañado por Eduviges. Esta lo llevó a su casa, le dió un "vallium" para tranquilizarlo y enseguida le entregó la carta fatídica.

22

"Querida Eduviges, mi única amiga: tuve vergüenza de decirte lo que vas a conocer personalmente, por eso acudo al papel que sabrá esconder mi congoja. No culpo a nadie de mi muerte: me equivoqué, caí y debía expiar mi error."

"Nunca supiste la vida secreta que llevaba con esos cuatro pobrecillos a los que tampoco guardo rencor: son más dignos de lástima que de condenación. Se creen muy hombres, tienen algo de matones y mucho de inconscientes. Hubo un tiempo en que los quise, acaso más como una hermana que como amante, pues en el fondo nunca me enamoré de ninguno de ellos."

"Tu sabes la soledad y las humillaciones que soportaba en casa. Mi madre sólo se ocupaba de mi padrastro y de mis hermanitos. Don José María fué siempre duro, exigente, incomprensivo conmigo; quería que yo trabajara como una sirvienta, mi madre cocinaba y así él se libraba de servidumbre. Yo habría aceptado la pobreza y las privaciones si hubiera habido un poco de amor para mí, pero sólo recogía indiferencia, malos tratos."

"Fué en parte ese vacío hogareño el que me condujo al abismo en que me precipité. Conocí a Pedro y Alberto por mis primos Santiago y Rogelio. Los cinco éramos deportistas y tú sabes la camaradería que forja el deporte. Los encontraba simpáticos, divertidos, ellos me profesaban — o al menos así lo creía yo — afecto y consideración. Al cumplir 17 años andaba yo alejada de Dios y de la iglesia: no creía en nada, tenía un deseo loco de ser alguien, de hacer algo, de sobresalir sobre las demás, de distinguirme por una personalidad fuerte sin temor a nada ni a nadie."

"Un día, después del cumpleaños de Rogelio, y de haber tomado unas copas de vino, todos estábamos eufóricos. Pedro saltó conque todas las mujeres son iguales, tímidas, incapaces de romper los frenos sociales, de obrar con absoluta independencia de criterio y de conducta. Yo le repuse que estaba muy equivocado, que había mujeres capaces de superar a los hombres en audacia. Fué entonces que Alberto propuso: "¿Serías capaz de dejarte desflorar por nosotros?" Yo, incauta y desafiante, le repliqué: "¿Y por qué no? El sexo hay que tomarlo como lo que es, algo natural que no debe asustarnos. "Seguimos discutiendo, luego Santiago preguntó: "¿Hablas en serio?" Yo le respondí: "Absolutamente en serio." No sé si por efecto de las bebidas o por el entusiasmo que me enardecía para ser distinta a otras mujeres, una hora después hicimos un solemne juramento: yo me entregaría a los cuatro, sería su amante y ellos renunciarían a otras mujeres por espacio de cinco años al cabo de los cuales todos recuperaríamos nuestra libertad."

"Te parecerá absurdo pero así sucedió. Cada semana me acostaba con uno de ellos. No por lujuria, tú sabes que no soy precisamente una mujer sensual; llegaba al orgasmo rápida y brevemente pero lo que me gustaba eran la excitación de mis amantes, las frases dulces que me prodigaban, sus caricias, una extraña mezcla de sensualidad y ternura. Todos me llamaban "la diosa Deborah" y todo eso, en conjunto, me hacía feliz. Ninguno alegaba derechos ni me molestaba; cada cual recibía su cuota semanal de sexo y seguíamos siendo buenos camaradas sin que jamás se produjeran celos entre ellos."

"En esos primeros meses y hasta que conocí a Marcial me parecía que todo andaba bien: yo era dueña de mi vida, podía hacer lo que me viniera en gana, y después de todo era una mujer emancipada, maltratada en su casa pero amada y admirada por el cuarteto de amantes que me obedecían en todo, satisfacían mis menores caprichos y me daban la sensación de estar realmente enamorados."

"Así transcurrieron más de dos años. Tomaba la píldora para evitar embarazos y no tardé en comprender que ellos enloquecían por disfrutar de mi cuerpo. "Pobrecitos — pensaba — están amarrados por el sexo. Yo, a mi vez, me sentía una mujer extraordinaria, por encima de la moral y de la sociedad, dueña absoluta de mis actos. No tenía un hombre, como todas, sino cuatro y eso me daba una sensación de poderío y de libertad inexpresables. Me sentía una reina."

"Cuando conocí a Marcial y fui apreciando poco a poco sus virtudes, me avergoncé de mi vida anterior. Ya era tarde, mis cuatro demonios me tenían bien agarrada. Con Marcial supe lo que es un hombre entero, un hombre de verdad, que no me amaba sólo por mis atractivos físicos, sino por una fuerza espontánea que nos acercaba espiritualmente. Gradualmente fui apreciando su inteligencia, su bondad, la finura del trato, y al proponerme matrimonio me sentía la mujer más dichosa. Volví a Dios, le pedí perdón, comprendí que las palabras "moral", "sociedad", "hogar" no son meros conceptos. Me arrepentí del absurdo pacto con los cuatro muchachos y comprendí que en verdad no me querían, sino sólo usarme como instrumento de placer."

— "Comprenderás que no podía contar mi vida anterior a Marcial, tan recto, tan bueno, tan generoso. Creo que no habría podido unir su vida a la de una perdida como yo. Ni a ti me atreví a confiarte mi desgraciada conducta. Entonces comenzó mi calvario: ellos me acosaban para que rompiera el noviazgo (no sé cómo lo descubrieron) alternando ruegos con amenazas. Yo soy fuerte, tengo carácter, primero me burlé de sus avisos, pero pronto los hechos me probaron que estaban enloquecidos a la idea de perderme. Provocaron varios incidentes, aparentemente fortuitos, con Marcial, una noche hasta quisieron matarlo; y en la última ocasión que los vi me amenazaron seriamente: o evitaba el matrimonio o consumándolo seguiría viéndome con ellos en la forma habitual; si no aceptaba ninguno de ambos extremos, eliminarían a Marcial. Fué su

posición definitiva. Les dije que me dieran unos días para pensar la respuesta, segura de que al día siguiente partiría para volver a La Paz."

"Esta noche no puedo dormir, se me ha aparecido esa terrible palabra que llamamos "conciencia". No, yo no puedo engañar a Marcial, no puedo traicionar su buena fe. Aunque mis cuatro verdugos no me persiguieran ya, no podría vivir atormentada por el recuerdo de mi falta. Si me casara la venganza de los burlados podría causar la muerte de Marcial y prefiero dar mi vida por la suya.

"Nunca le enseñes esta carta, que la conozca mi padrastro para castigo de su maldad y para que no se estrelle contra Marcial, inocente de mi muerte."

Marcial interrumpió la lectura:

— Habría preferido ignorar esta carta. ¿Por qué me la enseña usted?

— También yo tengo conciencia — repuso Eduviges. De ignorarla usted se hubiera atormentado toda la vida sin saber el por qué de su desaparición; ahora ya sabe que ella se mató para salvarle la vida. Fué la mayor prueba de amor, y usted tenía que conocerla.

Marcial terminó la dramática misiva:

"Cuando yo ya no exista, di a Marcial que al despedirme de ti te entregué el siguiente mensaje para él: que nunca me olvide, que seguiré siendo su mujer, que visite mi tumba y me lleve flores, que yo lo acompañaré toda la vida aunque no pueda verme, que sólo supe la felicidad el corto tiempo que lo conocí, que le estoy profundamente agradecida, pero que no sepa que muero por él."

La carta concluía así:

"Reza por tu desventurada amiga, que no pudo ser feliz porque se equivocó cuando era muy joven. Y quema esta carta que sólo deben conocer mi padrastro y tú. Adiós."

Marcial quedó desolado: la vida ya no tenía sentido sin Deborah. Asistió a la Misa de Difuntos y a la sepultura de los restos de su amada, algo distante de los familiares. Don José María evitaba mirarlo y Marcial tuvo que contenerse para no suscitar un escándalo: si hubiera sido buen padre, la muchacha no se habría extraviado en la adolescencia.

Los domingos llevaba flores a su tumba. Resolvió no casarse porque ya estaba unido para siempre a Deborah. "Ella es mi mujer aunque el sacerdote no haya bendecido nuestra unión. Le seré fiel hasta el último día de mi existencia."

Nadie supo que el idilio trunco de los amores de Marcial y Deborah se reanudaba cada domingo, al colocar gladiolos en su tumba, porque de pie, con la cabeza baja y los ojos cerrados el joven volvía a ver la figura amada, escuchaba su voz, y sentía la mano invisible que acariciaba sus sienes, recogiendo las palabras casi inaudibles, sólo por él oídas: "Soy tuya, tuya para siempre, Deborah tu esposa..."

Esta historia, verídica, donde nada se inventó, carece de artificios y de galas literarias. Ha sido narrada escuetamente, como un relato testimonial que no busca persuadir ni encantar. Es sólo un fragmento del drama humano extraído de la dura cantera de la realidad. Ni añade ni quita nada: refleja únicamente la verdad.

La presente primera edición de "DEBORAH".
Es propiedad del Editor Rolando Diez de
Medina, © 2006. La Paz - Bolivia

[Inicio](#)